

## | CANTARES |

4

**C**antar de los cantares de Salomón.

Ah, si me besaras con los besos de tu boca ...  
 ¡grato en verdad es tu amor, más que el vino!  
 Grata es también, de tus perfumes, la fragancia;  
 tú mismo eres bálsamo fragante.  
 ¡Con razón te aman las doncellas!  
 ¡Hazme del todo tuya! ¡Date prisa!  
 ¡Llévame, oh rey, a tu alcoba!

Regocijémonos y deleitémonos juntos,  
 celebraremos tus caricias más que el vino.  
 ¡Sobran las razones para amarte!

Morena soy, pero hermosa,  
 hijas de Jerusalén;  
 morena como las carpas de Cedar,  
 hermosa como los pabellones de Salmá.  
 No se fijen en mi tez morena,  
 ni en que el sol me bronceó la piel.  
 Mis hermanos se enfadaron contra mí,  
 y me obligaron a cuidar las viñas;  
 ¡y mi propia viña descuidé!

2

**C**uéntame, amor de mi vida,  
 ¿dónde apacientas tus rebaños?,  
 ¿dónde a la hora de la siesta los haces reposar?  
 ¿Por qué he de andar vagando  
 entre los rebaños de tus amigos?

Si no lo sabes, bella entre las bellas,  
 ve tras la huella del rebaño  
 y apacienta a tus cabritos  
 junto a las moradas de los pastores.

Tú y tus adornos, amada mía,  
 me recuerdan a las yeguas enjaezadas  
 de los carros del faraón.  
 ¡Qué hermosas lucen tus mejillas entre los pendientes!  
 ¡Qué hermoso luce tu cuello entre los collares!  
 ¡Haremos para ti pendientes de oro  
 con incrustaciones de plata!

Mientras el rey se halla sentado a la mesa,

mi perfume esparce su fragancia.  
 Mi amado es para mí como el saquito de mirra  
 que duerme entre mis pechos.  
 Mi amado es para mí como un ramito de azahar  
 de las viñas de Engadi.

¡Cuán bella eres, amada mía!  
 ¡Cuán bella eres!  
 ¡Tus ojos son dos palomas!

¡Cuán hermoso eres, amado mío!  
 ¡Eres un encanto!

Una alfombra de verdor es nuestro lecho,  
 los cedros son las vigas de la casa  
 y nos cubre un techo de cipreses.

Yo soy una rosa de Sarón,  
 una azucena de los valles.

Como azucena entre las espinas  
 es mi amada entre las mujeres.

Cual manzano entre los árboles del bosque  
 es mi amado entre los hombres.

Me encanta sentarme a su sombra;  
 dulce a mi paladar es su fruto.  
 Me llevó a la sala del banquete,  
 y sobre mí enarboló su bandera de amor.

¡Fortalézcanme con pasas,  
 susténtenme con manzanas,  
 porque desfallezco de amor!  
 ¡Ojalá pudiera mi cabeza  
 reposar sobre su izquierda!  
 ¡Ojalá su derecha me abrazara!

Yo les ruego, mujeres de Jerusalén,  
 por las gacelas y cervatillas del bosque,  
 que no desvelen ni molesten a mi amada  
 hasta que ella quiera despertar.

## 2

• La voz de mi amado!  
 ¡Mírenlo, aquí viene!,  
 saltando por las colinas,  
 brincando por las montañas.  
 Mi amado es como un venado;  
 se parece a un cervatillo.  
 ¡Mírenlo, de pie tras nuestro muro,  
 espiando por las ventanas,  
 atisbando por las celosías!

Mi amado me habló y me dijo:  
 «¡Levántate, amada mía;  
 ven conmigo, mujer hermosa!  
 ¡Mira, el invierno se ha ido,  
 y con él han cesado y se han ido las lluvias!  
 Ya brotan flores en los campos;  
 ¡el tiempo de la canción ha llegado!  
 Ya se escucha por toda nuestra tierra  
 el arrullo de las tórtolas.  
 La higuera ofrece ya sus primeros frutos,  
 y las viñas en ciernes esparcen su fragancia.  
 ¡Levántate, amada mía;  
**ven conmigo, mujer hermosa!»**

Paloma mía, que te escondes  
 en las grietas de las rocas,  
 en las hendiduras de las montañas,  
 muéstrame tu rostro,  
 déjame oír tu voz;  
 pues tu voz es placentera  
**y hermoso tu semblante.**

Atrapen a las zorras,  
 a esas zorras pequeñas  
 que arruinan nuestros viñedos,  
**nuestros viñedos en flor.**

Mi amado es mío, y yo soy suya;  
 él apacienta su rebaño entre azucenas.  
 Antes de que el día despunte  
 y se desvanezcan las sombras,  
 regresa a mí, amado mío.  
 Corre como un venado,  
 como un cervatillo  
**por colinas escarpadas.**

Por las noches, sobre mi lecho,  
 busco al amor de mi vida;  
 lo busco y no lo hallo.  
 Me levanto, y voy por la ciudad,  
 por sus calles y mercados,  
 buscando al amor de mi vida.  
**¡Lo busco y no lo hallo!**

Me encuentran los centinelas  
 mientras rondan la ciudad.  
 Les pregunto:  
 «¿Han visto ustedes al amor de mi vida?»  
 No bien los he dejado,

cuando encuentro al amor de mi vida.  
 Lo abrazo y, sin soltarlo,  
 lo llevo a la casa de mi madre,  
 a la alcoba donde ella me concibió.

Yo les ruego, mujeres de Jerusalén,  
 por las gacelas y cervatillas del bosque,  
 que no desvelen ni molesten a mi amada  
 hasta que ella quiera despertar.

## 2

¿Qué es eso que sube por el desierto  
 semejante a una columna de humo,  
 entre aromas de mirra e incienso,  
 entre exóticos perfumes?

¡Miren!

¡Es el carruaje de Salomón!

Viene escoltado por sesenta guerreros,  
 escogidos entre los más valientes de Israel.

Todos ellos portan espadas,  
 y han sido adiestrados para el combate;  
 cada uno lleva la espada al cinto  
 por causa de los peligros de la noche.

Salomón mismo se hizo el carruaje  
 con finas maderas del Líbano.

Hizo de plata las columnas,  
 y de oro los soportes.

El asiento lo tapizó de púrpura,  
 y su interior fue decorado con esmero  
 por las hijas de Jerusalén.

¡Salgan, mujeres de Sión!

¡Contemplan al rey Salomón!

¡Lleva puesta la corona que le ciñó su madre  
 el día en que contrajo nupcias,  
 el día en que se alegró su corazón!

¡Cuán bella eres, amada mía!

¡Cuán bella eres!

Tus ojos, tras el velo, son dos palomas.

Tus cabellos son como los rebaños de cabras  
 que retozan en los montes de Galaad.

Tus dientes son como ovejas recién trasquiladas,  
 que ascienden luego de haber sido bañadas.

Cada una de ellas tiene su pareja;  
 ninguna de ellas está sola.

Tus labios son cual cinta escarlata;  
 tus palabras me tienen hechizado.

Tus mejillas, tras el velo,

parecen dos mitades de granadas.  
 Tu cuello se asemeja a la torre de David,  
 construida con piedras labradas;  
 de ella penden mil escudos,  
 escudos de guerreros todos ellos.  
 Tus pechos parecen dos cervatillos,  
 dos crías mellizas de gacela  
 que pastan entre azucenas.  
 Antes de que el día despunte  
 y se desvanezcan las sombras,  
 subiré a la montaña de la mirra,  
**a la colina del incienso.**

Toda tú eres bella, amada mía;  
 no hay en ti defecto alguno.  
 Desciende del Líbano conmigo, novia mía;  
 descende del Líbano conmigo.  
 Baja de la cumbre del Amaná,  
 de la cima del Senir y del Hermón.  
 Baja de las guaridas de los leones,  
**de los montes donde habitan los leopardos.**

Cautivaste mi corazón,  
 hermana y novia mía,  
 con una mirada de tus ojos;  
 con una vuelta de tu collar  
 cautivaste mi corazón.  
 ¡Cuán delicioso es tu amor,  
 hermana y novia mía!  
 ¡Más agradable que el vino es tu amor,  
 y más que toda especia  
 la fragancia de tu perfume!  
 Tus labios, novia mía, destilan miel;  
 leche y miel escondes bajo la lengua.  
 Cual fragancia del Líbano  
**es la fragancia de tus vestidos.**

Jardín cerrado eres tú,  
 hermana y novia mía;  
 ¡jardín cerrado, sellado manantial!  
 Tus pechos son un huerto de granadas  
 con frutos exquisitos,  
 con flores de nardo y azahar;  
 con toda clase de árbol resinoso,  
 con nardo y azafrán,  
 con cálamo y canela,  
 con mirra y áloe,  
 y con las más finas especias.  
 Eres fuente de los jardines,

manantial de aguas vivas,  
¡arroyo que del Líbano desciende!

¡Viento del norte, despierta!  
¡Viento del sur, ven acá!  
Soplen en mi jardín;  
¡esparzan su fragancia!  
Que venga mi amado a su jardín  
y pruebe sus frutos exquisitos.

He entrado ya en mi jardín,  
hermana y novia mía,  
y en él recojo mirra y bálsamo;  
allí me sacio del panal y de su miel;  
allí bebo mi vino y mi leche.

¡Coman y beban, amigos,  
y embriáguese de amor!

## 2

Yo dormía, pero mi corazón velaba.  
¡Y oí una voz!

¡Mi amado estaba a la puerta!

«Hermana, amada mía;  
preciosa paloma mía,  
¡déjame entrar!  
Mi cabeza está empapada de rocío;  
la humedad de la noche corre por mi pelo».

Ya me he quitado la ropa;  
¡cómo volver a vestirme!  
Ya me he lavado los pies;  
¡cómo ensuciarlos de nuevo!

Mi amado pasó la mano  
por la abertura del cerrojo;  
¡se estremecieron mis entrañas al sentirlo!  
Me levanté y le abrí a mi amado;  
¡gotas de mirra corrían por mis manos!  
¡Se deslizaban entre mis dedos  
y caían sobre la aldaba!

Le abrí a mi amado,  
pero ya no estaba allí.  
Se había marchado,  
y tras su voz se fue mi alma.  
Lo busqué, y no lo hallé.  
Lo llamé, y no me respondió.  
Me encontraron los centinelas  
mientras rondaban la ciudad;

los que vigilan las murallas  
me hirieron, me golpearon;  
¡me despojaron de mi manto!

Yo les ruego, mujeres de Jerusalén,  
que si encuentran a mi amado,  
¡le digan que estoy enferma de amor!

Dinos, bella entre las bellas,  
¿en qué ventaja tu amado a otros hombres?  
¿En qué ventaja tu amado a otros hombres,  
que nos haces tales ruegos?

Mi amado es apuesto y trigüeño,  
y entre diez mil hombres se le distingue.  
Su cabeza es oro puro;  
su cabellera es ondulada  
y negra como un cuervo.  
Sus ojos parecen palomas  
posadas junto a los arroyos,  
bañadas en leche,  
montadas como joyas.  
Sus mejillas son como lechos de bálsamo,  
como cultivos de aromáticas hierbas.  
Sus labios son azucenas  
por las que fluye mirra.  
Sus brazos son barras de oro  
montadas sobre topacios.  
Su cuerpo es pulido marfil  
incrustado de zafiros.  
Sus piernas son pilares de mármol  
que descansan sobre bases de oro puro.  
Su porte es como el del Líbano,  
esbelto como sus cedros.  
Su paladar es la dulzura misma;  
¡él es todo un encanto!

¡Tal es mi amado, tal es mi amigo,  
mujeres de Jerusalén!

¿A dónde se ha ido tu amado,  
tú, bella entre las bellas?  
¿Hacia dónde se ha encaminado?  
¡Iremos contigo a buscarlo!

Mi amado ha bajado a su jardín,  
a los lechos de bálsamo,  
para retozar en los jardines  
y recoger azucenas.  
Yo soy de mi amado, y mi amado es mío;

él apacienta su rebaño entre azucenas.

2

**T**ú, amada mía, eres bella como Tirsá,  
 encantadora como Jerusalén,  
 majestuosa como las estrellas del cielo.  
 Aparta de mí la mirada,  
 que tus ojos me tienen fascinado.  
 Tus cabellos son como los rebaños de cabras  
 que retozan en Galaad.  
 Tus dientes son como rebaños de cabritas  
 recién salidas del baño.  
 Cada una de ellas tiene su pareja,  
 ninguna de ellas marcha sola.  
 Tus mejillas, tras el velo,  
 parecen dos mitades de granadas.  
 Pueden ser sesenta las reinas,  
 ochenta las concubinas  
 e innumerables las vírgenes,  
 pero una sola es mi palomita preciosa,  
 la hija consentida de su madre,  
 la favorita de quien le dio la vida.  
 Las mujeres la ven y la bendicen;  
**las reinas y las concubinas la alaban.**

¿Quién es esta, admirable como la aurora?  
 ¡Es bella como la luna,  
 radiante como el sol,  
**majestuosa como las estrellas del cielo!**

Descendí al huerto de los nogales  
 para admirar los nuevos brotes en el valle,  
 para admirar los retoños de las vides  
 y los granados en flor.  
 Sin darme cuenta, mi pasión me puso  
**entre las carrozas reales de mi pueblo.**

Vuelve, Sulamita, vuelve;  
 vuélvete a nosotros,  
**¡queremos contemplarte!**

¿Y por qué han de contemplar a la Sulamita,  
**como en las danzas de los campamentos?**

¡Ah, princesa mía,  
 cuán bellos son tus pies en las sandalias!  
 Las curvas de tus caderas son como alhajas  
 labradas por hábil artesano.  
 Tu ombligo es una copa redonda,  
 rebosante de buen vino.



Tu vientre es un monte de trigo  
 rodeado de azucenas.  
 Tus pechos parecen dos cervatillos,  
 dos crías mellizas de gacela.  
 Tu cuello parece torre de marfil.  
 Tus ojos son los manantiales de Hesbón,  
 junto a la entrada de Bat Rabín.  
 Tu nariz se asemeja a la torre del Líbano,  
 que mira hacia Damasco.  
 Tu cabeza se yergue como la cumbre del Carmelo.  
 Hilos de púrpura son tus cabellos;  
**¡con tus rizos has cautivado al rey!**

Cuán bella eres, amor mío,  
 ¡cuán encantadora en tus delicias!  
 Tu talle se asemeja al talle de la palmera,  
 y tus pechos a sus racimos.  
 Me dije: «Me treparé a la palmera;  
 de sus racimos me adueñaré».  
 ¡Sean tus pechos como racimos de uvas,  
 tu aliento cual fragancia de manzanas,  
**y como el buen vino tu boca!**

**¡Corra el vino hacia mi amado,  
 y le resbale por labios y dientes!**

Yo soy de mi amado,  
 y él me busca con pasión.  
 Ven, amado mío;  
 vayamos a los campos,  
 pasemos la noche entre los azahares.  
 Vayamos temprano a los viñedos,  
 para ver si han retoñado las vides,  
 si sus pimpollos se han abierto,  
 y si ya florecen los granados.  
**¡Allí te brindaré mis caricias!**

Las mandrágoras esparcen su fragancia,  
 y hay a nuestras puertas  
 toda clase de exquisitos frutos,  
 lo mismo nuevos que añejos,  
**que he guardado para ti, amor mío.**

¡Ah, si fueras mi propio hermano,  
 criado a los pechos de mi madre!  
 Al encontrarte en la calle podría besarte,  
 y nadie me juzgaría mal.  
 Tomándote de la mano,  
 te llevaría a la casa de mi madre,

y me enseñarías el arte del amor.  
Te daría a beber vino con especias,  
**y el néctar de mis granadas.**

¡Ojalá pudiera mi cabeza  
reposar sobre su izquierda!  
**¡Ojalá su derecha me abrazara!**

Yo les ruego, mujeres de Jerusalén,  
que no desvelen ni molesten a mi amada,  
hasta que ella quiera despertar.

## 2

• Quién es esta que sube por el desierto  
**¿apoyada sobre el hombro de su amado?**

Bajo el manzano te desperté;  
allí te concibió tu madre,  
**allí mismo te dio a luz.**

Grábame como un sello sobre tu corazón;  
llévame como una marca sobre tu brazo.

Fuerte es el amor, como la muerte,  
y tenaz la pasión, como el sepulcro.

Como llama divina  
es el fuego ardiente del amor.

Ni las muchas aguas pueden apagarlo,  
ni los ríos pueden extinguirlo.

Si alguien ofreciera todas sus riquezas  
a cambio del amor,  
**solo conseguiría el desprecio.**

Tan pequeña es nuestra hermana  
que no le han crecido los pechos.

¿Qué haremos por nuestra hermana  
cuando vengan a pedirla?

Si fuera una muralla,  
construiríamos sobre ella almenas de plata.

Si acaso fuera una puerta,  
**la recubriríamos con paneles de cedro.**

Una muralla soy yo,  
y mis pechos, sus dos torres.

Por eso a los ojos de mi amado  
**soy como quien ha hallado la paz.**

Salomón tenía una viña en Baal Jamón,  
que dejó al cuidado de aparceros.

Cada uno entregaba, por sus frutos,  
mil monedas de plata.

¡Quédate, Salomón, con las mil monedas,

y ustedes, aparceros, con doscientas,  
pero mi viña solo a mí me pertenece!

Tú, que reinas en los jardines,  
pendientes de tu voz están nuestros amigos;  
¡déjanos escucharla!

¡Apresúrate, amado mío!  
¡Corre como venado, como cervato,  
sobre los montes de bálsamo cubiertos!